
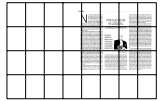


| | | | |
|---|-------------------------------------|----------------------------------|---|
|  | Tirada: 209.210 | Sección: Opinión |  |
| | Difusión: 144.595 (O.J.D) | Espacio (Cm_2): 543 | |
| Nacional | Audiencia: 506.082 | Valor (€): 8.560,30 | |
| Diaria | 18/05/2006 | Valor Pág. (€): 12.809,00 | |
| | | Página: 7 | Imagen: Si |

LA PRIMERA

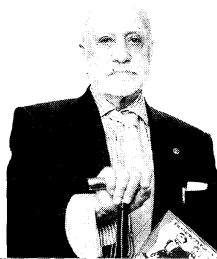
No he leído «El código Da Vinci», en primer lugar porque no tengo tiempo de leerlo todo y, en todo caso, tan sólo leo «buena literatura» —y buen teatro— que es lo que siempre me ha importado en la vida. Me basta hojear un libro, leer un par de páginas, unas cuantas frases y ya sé «de qué va», pero en seguida capto si es buena literatura, como en seguida veo la diferencia que pueda existir entre una «tía buena» y una mujer bella. Los best sellers son las tías buenas de la empresa editorial en el mundo entero, y venden que es un gusto. Son como prostitutas de alto bordo.

Hay que comprender, sin embargo, que muchas gentes leen libros sólo para enterarse —tanto como puede hacerlo un científico en su especialidad— y no para recrearse en la forma y en la sugerencia polimórfica de la literatura. Yo soy «lector artista» que casi colabora leyendo con el autor, que incluso le ayudaría —por admiración— a comprenderse mejor a sí mismo. El lector tiene que ponerse a trabajar intelectualmente como un artista en colaboración, leyendo a Góngora o a Quevedo. También pudiera decirse en justicia que son ellos los que nos invitan a trabajar. Un trabajo muy gratificante, tanto que crea una adicción incontentible, como puede crear adicción incontentible resolver crucigramas. El lector que sólo lee para enterarse de algo que le apasiona, le interesa o excita, no quiere trabajar en ese sentido, quiere que todo se lo den mascado y claro y no es de extrañar que existan tantos miles de seres que no piden más a la lectura. Y cuando algunos libros se consagran como tales best sellers, es porque son noticiosos o chismosos con atractiva maledicencia y ganas de «epatar». Una mujer habladora y chismosa nos entretiene —y hasta nos gusta— porque es habladora y chismosa y no porque se parezca a Kafka o a Thomas Mann. Los best sellers con como «tías buenas» —atractivas sin duda— que nos embaucan con noticias y chismorrerías, que tocan con lo escandaloso, como sucede con «El código Da Vinci». Y voy a explicar por qué no lo he leído:

Con un hermano teólogo e investigador, conocedor de tantas herejías e interpretaciones varias de la religión cristiana, yo tenía muy a la mano muchos de estos libros, que atribuían numerosos hermanos y mujer propia a Jesucristo

POR QUÉ NO ME HE LEÍDO «EL CÓDIGO DA VINCI»

Da igual que sea mentira o verdad: no tiene la menor fuerza contra el dogma y la Iglesia está enterada de todo



Francisco NIEVA
de la Real Academia Española

y designaban a María como buena paridora de otros vástagos, esta vez sin ayuda divina; los estudios de Santayana y otros teólogos sobre los Evangelios Apócrifos, y estos mismos Evangelios Apócrifos. Que, dicho sea de paso, me encantaron al modo de la mejor literatura, ya sea testimonial o mentirosa. Es decir que, «El código Da Vinci» ya estaba escrito hace cientos y cientos de años y puedo jurar que yo no soy ateo por haberlos leído. Por el contrario, mi hermano no lo era, a pesar de estar tratando continuamente con ese material incendiario, de esencia «histórico-infernal».

Ahí está el misterio de la fe profunda, que se puede extender a millares de casos. Hay personas dichosas que, enten-

diendo y asumiendo con fe la palabra de Cristo, ya les pueden contar lo que quieran de su persona —de su ser material— que no hay modo de apartarles de su constitutiva convicción, que rebasa todo tipo de anecdotismo y hasta puede hacerles considerar que el cristianismo es como una bella mentira que vale mucho más que una verdad. Ellos creen en esa verdad metafísica y esto es la fe.

«Ser o no ser», «creer o no creer», ésta es la cuestión. En tiempos, yo he visto a comecuras de pueblo, que escamecían con saña y grosería a pobres mujerucas beatas, más que suficientemente maltratadas ya por la vida, que hubieran muerto de desolación y abandono, sin poder acogerse al consuelo —por cuanto imaginario— de la Iglesia, como hospital para doloridos. Las pobres no tenían palabras para contestar. Pero ya hubiera querido yo que alguno de estos «comecuras» intentase lo mismo con Chesterton, gran escritor católico irlandés. La fe de Chesterton se apoyaba en todas las verdades y las mentiras que forjan una fe en abstracto, como el dichoso y ajejo Marxismo. Creía en la Iglesia Católica como se cree en el arte, sabiendo que hay piezas maestras y cacharros de tres al cuarto. Los errores materiales de esta Iglesia los pasaba por alto y se quedaba con una esencia, que no era fácil de enturbiar, que no le hubieran podido extraer de la cabeza —ni del alma— ni haciéndole la lobotomía. Lo mismo hubiera sucedido con Pascal.

A ver, ¿qué tiene esto de malo? Yo no se lo veo por ninguna parte. Lo que sí dudo es que haya mucha gente como Chesterton o Pascal. Cierzo es que sí los hay con una fe más sencilla, menos retórica, que simplemente se siente protegida por esa idea, por ese ideal que los calma, que confiere una trascendencia a su vida interior, una forma específica de sentir y sufrir. Y de actuar, no lo olvidemos, porque la fe infunde energía y esto se traduce en acción. Ahora bien: me parece una estupidez la pretensión de querer paralizar por la razón a estas personas. «Paralizarse por la razón», esto es lo más peligroso del mundo para el pensador. Y las razones que da «El Código Da Vinci», da igual que sean mentira o verdad, porque no tienen la menor fuerza contra el dogma en sí, y porque la Iglesia —que abraja unas entrañas muy complejas— ya está tan «enterada de todo», con tanta antelación como lo estaba mi hermano teólogo —y creyente— y como lo estoy yo —que soy ateo.